

*William Shakespeare*

*EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO*



## DRAMATIS PERSONAE

TESEO, duque de Atenas.  
EGEO, padre de Hermia.  
LISANDRO y DEMETRIO, enamorados de Hermia.  
FILÓSTRATO, director de fiestas de Teseo.  
QUINCIO, carpintero.  
SNUG, ensamblador.  
BOTTOM, tejedor.  
FLAUTO, componedor de fuelles.  
SNOWT, calderero.  
STARVELING, sastre.  
HIPÓLITA, reina de las Amazonas, prometida de Teseo.  
HERMIA, hija de Egeo, enamorada de Lisandro.  
ELENA, enamorada de Demetrio.  
OBERÓN, rey de las hadas.  
TITANIA, reina de las hadas.  
PUCK, o ROBÍN BUEN-CHICO, duende.  
FLOR-DE-GUISANTE, TELARAÑA, POLILLA y GRANO-DE-MOSTAZA, hadas.  
PÍRAMO, TISBE, MURO, LUZ DE LUNA y LEÓN, personajes del sainete.

Otras hadas del séquito de su rey y su reina. Séquito de Teseo e Hipólita.

*LA ESCENA, EN ATENAS Y UN BOSQUE DE SUS ALREDEDORES.*

## **ACTO SEGUNDO**

### ESCENA PRIMERA

*Bosque cerca de Atenas. Entran un HADA por un lado y PUCK por otro.*

PUCK.—¿Hacia dónde vagáis ahora, señor espíritu?

HADA.—Sobre la colina, sobre el llano, entre la maleza, entre los matorrales, sobre el parque, sobre el cercado, a través del agua, a través del fuego, por todas partes voy vagando más rápida que la esfera de la luna, y sirvo a la reina de las hadas para llenar de rocío sus verdes dominios. Las altas velloritas son sus discípulas. ¿Veis manchas en sus mantos de oro? Esos son rubies, regalos de hadas; en esas manchas viven sus perfumes, y tengo que ir a buscar allí algunas gotas de rocío y colgar una perla en la oreja de cada prímula. Adiós, ¡oh tú, el más pesado de los espíritus! Me voy. Ya nuestra reina y todo su séquito no tardarán en llegar.

PUCK.—El rey viene a celebrar aquí sus fiestas. Cuida tú de que la reina no se presente a su vista, pues Oberón está loco de furor por ella; para que le sirva de paje, le ha robado un hermosísimo muchacho a un rey indio. Jamás había tenido ella un pupilo tan encantador, y Oberón, celoso, habría querido que el muchacho fuese un caballero de su séquito para

recorrer los bosques enmarañados. Pero ella retiene por la fuerza al chico, lo corona de flores y se deleita con él. Y por eso ahora nunca se encuentran Oberón y ella en gruta o pradera o clara fuente, alumbrada por las estrellas, sin que se peleen de modo que, asustados todos los duendes, se oculten en los cálices de las botellas de la encina.

HADA.—O yo equivoco enteramente vuestra forma o sois el astuto y maligno espíritu Robín buen-chico. ¿No sois aquél que asusta a las muchachas de la aldea, espuma la leche y a veces trabaja en el molino de mano echando a perder todo el contenido de la mantequera de la pobre mujer hacendosa, y en ocasiones hace que espumee la cerveza? ¿No extraviáis a los que viajan de noche y os reís del daño que sufren? Hacéis el trabajo de los que os llaman buen duende y lindo Puck, y le dais buena ventura. ¿No sois ese espíritu?

PUCK.—Has hablado con acierto. Yo soy aquel alegre peregrino de la noche; yo hago chanzas que hacen sonreír a Oberón, como cuando atraigo algún caballo gordo y bien nutrido de grano imitando el relincho de una potranca, y algunas veces me escondo en el tazón de alguna comadre, pareciendo en todo como un cangrejo asado, y cuando va a beber choco contra su labio y hago caer la cerveza sobre su blanco delantal. Suele acontecer que la tía más prudente, refiriendo un tristísimo cuento, me equivoca con su sitial de tres pies; me escurro al punto y cae a plomo gritando y se apodera de ella un acceso de tos. Entonces toda la concurrencia, apartándose los costados, se ríe y estornuda y jura que nunca se ha pasado allí hora más alegre. Pero haz sitio, que aquí viene Oberón.

HADA.—Y aquí mi señora. Desearía que se hubiese ido.

*(Entran OBERÓN por un lado, con su séquito, y TITANIA por otro, con el suyo.)*

OBERÓN.—En mala hora os encuentro a la luz de la luna, orgullosa Titania.

TITANIA.—¿Y bien, celoso Oberón? Hadas, alejaos de aquí. He renegado de su lecho y de su sociedad.

OBERÓN.—Poco a poco, jactanciosa. ¿No soy tu señor?

TITANIA.—Pues entonces debería ser yo tu señora. Pero yo sé cuando te has deslizado fuera de la tierra de las hadas y has pasado todo el día sentado en forma de Corino el pastor, tocando flautas de tallo de maíz y cantando versos de amores a la enamorada Fílida. ¿Por qué te encuentras aquí habiendo venido desde la más remota llanura desierta de la India? Solamente, a fe mía, porque la altiva amazona, vuestra turbulenta señora y amante guerrera, debe desposarse con Teseo, y venís a dar alegría y prosperidad a su lecho.

OBERÓN.—¿Cómo puedes tener la insolencia, de aludir así a mi valimiento con Hipólita, cuando sabes que conozco tu amor por Teseo? ¿No eres tú quien lo guió en la estrellada noche lejos de Perigenio, a quien había reducido? ¿Y no le hiciste quebrantar su promesa a la hermosa Eglé, y a Ariadna, y a Antíope?

TITANIA.—Todo eso es puro invento de los celos. Nunca, desde las noches de la canícula, nos hemos encontrado en colina o llanura, en bosque o en pradera, junto al surtidor esculpido o el arroyo fugaz, o en la arenosa playa del mar, para bailar nuestras danzas en el viento silbador, sin que hayas venido a perturbar nuestra fiesta con tus disputas . Y por eso los vientos, llamándonos en vano con su música, han absorbido, como por venganza, las nieblas contagiosas del mar, y cayendo éstas sobre la tierra han engrandecido de tal modo los más modestos ríos que rebosaron por encima de sus márgenes. Así es que en vano jadeaba el buey bajo su yugo y que el labrador haya prodigado su sudor. El verde maíz se ha podrido antes que el penacho coronase su espiga, el redil permanece vacío en el campo inundado, y los cuervos se ceban en los rebaños muertos. Desierto y lleno de lodo está el sitio de las danzas con tamboriles y castañuelas, y por la falta de tráfico es imposible de discernir las caprichosas masas de verduras en el laberinto rústico. Aquí falta a los mortales su invierno y no hay noche alguna alegrada por un himno o una canción. La luna, que preside a las inundaciones, pálida de cólera por todo esto, inunda los aires y hace que abunden las enfermedades reumáticas; y a favor de esta perturbación vemos alteradas las estaciones. El granizo de cabeza cana cae en el fresco regazo de la encarnada rosa, y una guirnalda de perfumados botones se pone como por burla sobre la barba del viejo invierno y encima de su corona de hielo. La primavera, el verano, el fértil otoño, el sañudo invierno cambian sus acostumbradas libreas y el mundo, atónito con su aumento, no sabe ahora distinguir la una de la otra. Y toda esta serie de males se engendra por nuestra disensión. Nosotros somos sus progenitores y su manantial.

OBERÓN.—Pues entonces remédialos, que de ti sola depende. ¿Por qué se empeñaría Titania en contradecir a su Oberón? Todo lo que pido no es más que un tierno rapazuelo para que me sirva de paje.

TITANIA.—Deja tu corazón en paz, que todo el reino de las hadas no bastaría para comprarme ese niño. Su madre era una sacerdotisa de mi orden, y por la noche, en el aire embalsamado de la India, habló conmigo muchas veces y se sentó a mi lado en las amarillas arenas de Neptuno, señalando las veleras naves sobre las olas. Nos reíamos al ver las velas hincharse como si hubieran concebido bajo el caprichoso viento, y ella con agraciada ondulación las imitaba, al peso de su seno que ya atesoraba a 20mi joven caballero, y emprendía viajes para traerme bagatelas, y volvía aun, como de larga navegación, rica de mercancías. Pero, a fuer de mortal, sucumbió al dar a luz al niño, y yo, en amorosa memoria de ella, lo crié, y en memoria de ella no me separé de él.

OBERÓN.—¿Cuánto tiempo pensáis permanecer en este bosque?

TITANIA.—Quizá hasta después del día de las bodas de Teseo. Si queréis pacientemente tomar parte en nuestra danza y ver nuestros juegos en la claridad de la luna, venid con nosotros. Si no, alejaos de mí y yo evitaré los lugares que frecuentáis.

OBERÓN.—Dame a ese chiquillo y yo iré contigo.

TITANIA.—No, ni por todo tu reino. Vámonos, hadas, pues si me quedo más tiempo vamos a reñir de todas todas.

*(Salen TITANIA y su séquito.)*

OBERÓN.—Bien, sigue tu camino, que no saldrás de esta enramada sin que yo te haya atormentado por esta ofensa. Ven aquí, mi gentil Puck. ¿Te acuerdas de cuando me senté en un promontorio y vi a una sirena sobre el dorso de un delfín entonando un aria tan dulce y melodiosa que hasta el rudo océano se apaciguó al oír su canto, y ciertas estrellas se lanzaron enloquecidas de sus esferas para gozar la música de la marina doncella?

PUCK.—Me acuerdo.

OBERÓN.—En ese mismo tiempo vi, aunque no lo podrías ver tú, volar entre la fría luna y la tierra a Cupido llevando sus armas. Apuntó a cierta hermosa vestal entronizada hacia el oeste y lanzó una saeta de amor con suma destreza, como para atravesar cien mil corazones; más se extinguió el inflamado dardo de Cupido en los húmedos rayos de la casta luna, y la imperial virgen paso sin cuidado en solitaria y tranquila meditación. Obervé, sin embargo, el sitio donde el proyectil de Cupido cayó hiriendo una pequeña flor de occidente, blanca como la leche, y a la cual las doncellas llaman el amor desconsolado. Tráeme esa flor; ya en otra ocasión te mostré la planta. Su jugo, vertido sobre los dormidos párpados, hace que el hombre o la mujer se enamore perdidamente de la primera criatura viva que vea. Tráeme esa hierba y cuida de volver aquí antes que el leviatán pueda haber nadado una legua.

PUCK.—Daré una vuelta completa alrededor de la tierra en cuarenta minutos.

*(Sale PUCK.)*

OBERÓN.—Una vez en posesión de ese jugo, acecharé el momento en que Titania esté dormida y verteré el líquido sobre sus ojos. La primera cosa que mire al despertar, ya sea un león, un oso, un lobo, un buey, un mico travieso o un afanoso orangután, le inspirará un amor irresistible, y antes que yo libre sus ojos de ese encanto, como puedo hacerlo por medio de otra hierba, le obligaré a que me entregue su paje. Pero, ¿quién viene? Soy invisible y puedo escuchar su conversación.

*(Entra DEMETRIO, y ELENA detrás de él.)*

DEMETRIO.—No te amo, es inútil que me persigas. ¿Dónde están Lisandro y la hermosa Hermia? Mataré al uno; la otra me mata a mí. Me dijiste que se habían refugiado ocultamente en este bosque, y heme aquí, como un loco, porque no puedo encontrarme con Hermia. Ea, vete de aquí y no me sigas más.

ELENA.—Vos me atraéis, imán de mi corazón empedernido; pero no es hierro lo que atraéis, pues mi corazón es más fino que el acero. Despojaos de ese poder y yo no tendré el de seguirlos.

DEMETRIO.—¿Acaso os solicito? ¿Os hablo con dulzura? ¿O antes bien, no os digo en los términos más claros que no os amo ni puedo amaros?

ELENA.—Y aun por eso mismo os amo más. Soy vuestro sabueso, y cuanto más me golpeáis, Demetrio, más os acariciaré. Tratadme como a vuestro sabueso; echadme, dadme golpes, descuidadme, abandonadme, pero permitid tan sólo que, a pesar de no ser digna de vos, pueda seguiros. ¿Qué puesto más humilde puedo implorar en vuestro afecto, y sin embargo lo estimo muy alto, que el de ser tratada como tratáis a vuestro perro?

DEMETRIO.—No tienes demasiado la aversión de mi alma, porque sólo el verte me llena de disgusto.

ELENA.—Y a mí me llena de disgusto el no mirarte.

DEMETRIO.—Demasiado acusáis vuestra modestia abandonando la ciudad, entregándoos en manos de quien no os ama, sin desconfiar de la oportunidad de la noche ni del mal consejo de un lugar desierto, mientras lleváis el tesoro de la virginidad.

ELENA.—Me sirve de escudo vuestra virtud. Para mí no es noche cuando veo vuestro rostro, y así no me parece que estamos en la noche. Ni falta a este bosque un mundo de sociedad, pues para mí vos solo sois todo el mundo. ¿Cómo decir, pues, que estoy sola, si todo el mundo está aquí para verme?

DEMETRIO.—Huiré de ti y me ocultaré en las breñas, y te dejaré a merced de las fieras.

ELENA.—La más feroz no tiene un corazón como el vuestro. Huid adonde queráis; se habrán trocado los papeles de la historia. Apolo huye y Dafne le da caza; la tórtola persigue al milano; la mansa cierva se apresura a atrapar al tigre. ¡Inútil prisa cuando es la cobardía quien persigue y el valor el que huye!

DEMETRIO.—No quiero discusiones contigo. Déjame ir, y si me persigues, ten por seguro que te haré algún mal en el bosque.

ELENA.—Sí; en el templo, en la ciudad, en el campo, me hacéis mal. ¡Qué vergüenza, Demetrio! Vuestras ofensas tienen escandalizado a mi sexo. Nosotras no podemos combatir, como podrían los hombres, por amor. No fuimos hechas para conquistar, sino para ser conquistadas. Te seguiré, y haciendo de un infierno un cielo, moriré por la mano que amo tanto.

*(Salen DEMETRIO y ELENA.)*

OBERÓN.—Ve con Dios, ninfa. Antes que abandone esta espesura, tú huirás de él y él buscará tu amor.

*(Vuelve a entrar PUCK.)*

¿Tienes ahí la flor? Bienvenido, peregrino.

PUCK.—Sí; hela aquí.

OBERÓN.—Te ruego que me la des. Conozco un barranco donde crece el tomillo silvestre y se balancea la violeta junto a las primuláceas, sombreado por madre selvas, fragantes rosas y lindos escaramujos. Allí duerme Titania una parte de la noche, arrullada en esas flores con danzas de regocijos, y allí se despoja la serpiente de su esmaltada piel, bastante ancha para servir de vestidura a un hada. Inundaré sus ojos con el jugo de esta flor y quedará llena de odiosas fantasías. Toma un poco de este jugo y busca en el bosque. Hay una dulce niña ateniense que ama a un desdeñoso joven. Vierte el bálsamo en los ojos de éste, pero hazlo cuando sea la señora el primer objeto que haya de ver al despertar. Conocerás al hombre por el traje ateniense con que está vestido. Haz todo esto con la debida precaución, a fin de que resulte quedar él más apasionado de ella, que ésta de aquél. Y cuida de encontrarme antes del primer canto del gallo.

PUCK.—Estad tranquilo, señor. Vuestro súbdito hará lo que decís.

(...)

## **ACTO TERCERO**

### **ESCENA SEGUNDA**

*Otra parte del bosque. Entra OBERÓN.*

OBERÓN.—Quisiera saber si ha despertado Titania y, en seguida, sobre qué objeto recayo su primera mirada, como que ha de estar loca por él.

*(Entra PUCK.)*

Aquí llega mi mensajero. ¡Y bien, travieso espíritu! ¿Qué nocturnal nueva prevalece ahora en este misterioso bosquecillo?

PUCK.—Mi ama está enamorada de un monstruo. Cerca de su recóndito y consagrado retrete, mientras ella pasaba la lánguida hora del sueño, una partida de ganapanes, rudos artesanos que trabajan en las tienduchas de Atenas, se hallaba reunida para ensayar una representación destinada al día de las bodas del gran Teseo. El más insustancial de los imbéciles, que hacía el papel de Píramo, abandonó la escena y se metió en un matorral, y yo, aprovechando esta ocasión, coloqué sobre sus hombros una cabeza de asno. A la sazón, su Tisbe tenía que recibir su respuesta, aquí en mi sainete. Apenas lo vieron sus compañeros, cuando se dieron a huir en todas direcciones como una bandada de gansos silvestres que divisa al cazador agazapado, o como chovas de patas rojizas que se levantan y caen al estampido del fusil y vuelan desatentadas por el cielo. A nuestro

impulso, cae el uno y el otro aquí y allá y grita que lo asesinan y clama por auxilio de Atenas. Así debilitados y extraviados sus sentidos por el temor, convertidos casi en cosas inertes, principiaron a sufrir el mal consiguiente.

Desgarraban las espinas y zarzas sus vestidos; quién se hizo jirones una manga, quién pierde el sombrero; en todas partes se dejaban algo. Yo los guíe en este frenético terror y deje allí al amoroso Píramo transfigurado, y en ese instante vino a acontecer que despertara Titania y quedara en el acto locamente enamorada de un borrico.

OBERÓN.—Mejor ha salido esto que cuanto yo podía imaginar. Pero, ¿has vertido ya el jugo de flor en los ojos del ateniense, como te lo encargué?

PUCK.—Lo atrapé dormido. Eso también está despachado. Como la mujer ateniense estaba a su lado, claro está que cuando él despierte tendrá que verla.

*(Entran DEMETRIO y HERMIA.)*

OBERÓN.—Mantente cerca. Éste es el ateniense.

PUCK.—La mujer es la misma, pero no el hombre.

DEMETRIO.—¡Oh! ¿Por qué rechazáis a quien os ama tanto?

HERMIA.—Ahora no hago más que reprender, pero podría tratarte con más severidad, pues recelo que me has dado motivo para maldecirte. Si has asesinado a Lisandro durante su sueño, llega de una vez hasta el fondo del crimen y mátame también. No es más fiel el sol al día que Lisandro a mí. ¿Habría huido él a ocultar de su Hermia dormida? Antes creería que se puede abrir en la tierra un conducto para que la luna pase a través y vaya a perturbar la marea de las antípodas. No puede ser sino que tú lo has matado, y en verdad que un asesino debería tener tu mismo aspecto homicida y sombrío.

DEMETRIO.—Mejor dirías que tengo el del moribundo traspasado de dolor; pero vos, que sois mi asesino, aparecéis tan clara y brillante como ese astro Venus en su fúlgida esfera.

HERMIA.—¿Qué importa eso a mi Lisandro? ¿Dónde está...? ¡Ah, buen Demetrio! ¿Quieres devolvérmelo?

DEMETRIO.—Preferiría arrojar su osamenta a mis perros.

HERMIA.—¡Fuera de aquí, tigre! ¡Fuera, chacal! Me atormentas más allá del límite de toda paciencia. Es decir, ¿tú lo has asesinado? ¡Qué jamás se te vuelva a contar entre los hombres! ¡Oh! Di la verdad, dila siquiera una vez, por piedad. ¿Te atreves a haberlo mirado despierto y lo matas cuando yace dormido? ¡Oh heroísmo! Un gusano, un áspid, ¿no podrían hacer lo propio? Porque nunca áspid alguno pudo herir con lengua más pérfida que la tuya, ¡serpiente!

DEMETRIO.—Gastáis vuestra cólera, víctima de un engaño. No soy

culpable de la sangre de Lisandro, ni tengo indicio alguno para pensar que haya muerto.

HERMIA.—Pues entonces te suplico que me digas que está bien.

DEMETRIO.—Y si pudiera hacerlo, ¿qué me valdría?

HERMIA.—El privilegio de no verme jamás. Abandono tu presencia con este voto. No vuelvas a verme, sea que haya muerto o no.

*(Sale HERMIA.)*

DEMETRIO.—Es inútil seguirla en este arranque de cólera. Así, me quedaré aquí por breve rato y buscaré en el sueño alivio a mi dolor, porque éste se hace doblemente pesado con el insomnio.

*(Se acuesta DEMETRIO.)*

OBERÓN.—¿Qué has hecho? La has errado por completo, vertiendo el jugo en los ojos de un amante verdadero, y por fuerza tu equivocación hará que se mude un amor sincero, en vez de mudar uno falso.

PUCK.—Eso quiere decir que quien impera es el destino, y que por un hombre verdadero hay un millón que faltan a sus juramentos.

OBERÓN.—Ve por el bosque, más rápido que el viento, y procura encontrar a Elena de Atenas. Triste y abatida está, pálidas las mejillas, suspirando de amor y consumiendo la riqueza de su sangre juvenil. Valiéndote de cualquier ilusión hazla venir. Yo encantaré los ojos de él antes que ella haya llegado.

PUCK.—Voy, voy. Mirad como voy más veloz que la flecha del Tártaro .

*(Sale PUCK.)*

OBERÓN.—Flor de color de púrpura, herida por la saeta de Cupido, penetra en el globo de sus ojos. Cuando él aceche a su amada, que aparezca ella resplandeciente como la Venus del firmamento, y cuando despiertes, implora de ella, si está cercana, el remedio de tu amor.

*(Vuelve a entrar PUCK.)*

40PUCK.—Caudillo de nuestra hermosa muchedumbre, Elena está próxima, y el joven a quien invoqué le suplica por el premio de su amor. ¡Cómo hemos de divertirnos con sus coloquios! ¡Santo Dios, y que locos son estos mortales!

OBERÓN.—Apartaté. El ruido que hacen despertará a Demetrio.

PUCK.—Entonces habrá dos cortejando a una, y eso sólo ya es una diversión. No hay cosa que me guste tanto como lo imprevisto.

*(Entran LISANDRO y ELENA.)*

LISANDRO.—¿Por qué pensáis que os solicito por burla? La burla y el sarcasmo jamás vierten lágrimas, y ved que cuando os suplico lloro. Decid si semejante manera de pedir vuestro amor no lleva en sí la prueba de toda su verdad.

ELENA.—Refináis vuestra astucia más y más haciendo que la verdad sirva para matar a la verdad. ¡Oh combate infernal y divino a un tiempo! Esos juramentos pertenecen a Hermia. ¿Queréis abandonarla? Pesad esos juramentos y otros, y no pesarán nada. Puestos en una balanza los que hacéis a la una con los que hacéis a la otra, la balanza estará en su fiel y ambos no pesarán más que cualquier mentira.

LISANDRO.—No tuve discernimiento cuando juraba a sus plantas.

ELENA.—Ni los tenéis, a mi juicio, al abandonarla.

LISANDRO.—Demetrio la ama y no os ama.

DEMETRIO.—(*Despertando.*) ¡Oh, Elena! ¡Diosa! ¡Ninfa perfecta y divina! ¿Con qué podré comparar tus ojos, amor mío? El cristal parecería lodo. ¡Oh! ¡Qué tentadores se ostentan tus labios, como cerezas maduras para los besos! Cuando muestras tu mano parece oscura la nieve de Tauro congelada por el viento de Levante. ¡Oh, déjame besar esta princesa de la casta blancura, este sello de felicidad!

ELENA.—¡Oh despecho! ¡Oh infierno! Veo que estáis todos conjurados contra mí para vuestro pasatiempo. Si fuerais corteses, no me haríais este agravio. ¿No basta que me aborreczáis, como sé que lo hacéis, sino que además habéis de unir vuestras almas para burlaros de mí? Si fuerais hombres, como lo dice vuestra apariencia, no trataríais así a una dama inofensiva; cortejando y jurando y ponderando mis cualidades, cuando sé que me odiáis de corazón. Ambos sois rivales en amar a Hermia, y ahora lo sois en escarnecer a Elena; gran azaña y varonil empresa, arrancar con vuestras burlas las lágrimas de una pobre doncella. Ningún hombre que tuviera la menor nobleza ofendería así una virgen, atormentando la paciencia de su noble alma, para procurarse una diversión.

LISANDRO.—Malo sois, Demetrio. No seáis así. Sabéis que conozco vuestro amor a Hermia, y aquí, con toda voluntad, con todo corazón, os cedo mi parte en su amor. Dadme la vuestra en el de Elena, a quien amo y amaré hasta la muerte.

ELENA.—Jamás gastaron tan mal sus palabras los burlones.

DEMETRIO.—Lisandro, quédate con tu Hermia. Si alguna vez la amé, ese amor se ha ido y no quiero nada de él. Mi corazón estuvo con ella sólo como un huésped pasajero, y ahora vuelve a su hogar, vuelve a Elena para quedarse aquí.

LISANDRO.—Elena, no es verdad.

DEMETRIO.—No desacredites la fe que no conoces, a menos que la compres caro a costa tuya. Ve ahí a tu amada que viene; ve ahí a la que adoras.

(*Entra HERMIA.*)

HERMIA.—¡Oscura noche que quitas la vista a los ojos y aguzas el oído, dando a éste lo que quitas a aquellos! Mis ojos no pudieron encontrarte, Lisandro, pero mi oído me hizo seguir tu voz. ¡Ah! ¿Por qué con tanta dureza me has dejado?

LISANDRO.—¿Y por qué se quedaría aquel a quien el amor llama a otra parte?

HERMIA.—¿Qué amor podría apartar a Lisandro de mi lado?

LISANDRO.—El amor de Lisandro, que no podía separarse de la hermosa Elena, que embellece la noche más que el esplendor de todas las estrellas. ¿Por qué me buscas? ¿No basta el que te haya dejado para que conozcas el odio que siento por ti?

HERMIA.—Habláis lo que no pensáis. Eso no puede ser.

ELENA.—¡Ah! ¡También ella toma parte en la conspiración! Ahora veo que os habéis unido los tres para formar este desleal pasatiempo a despecho mío. ¡Oh tú, Hermia, injuriosa e ingrata doncella! ¿Has conspirado con estos, urdiendo esta maligna broma para ofenderme? ¿Y has olvidado las cariñosas pláticas, los juramentos fraternales, las horas que hemos pasado juntas? ¿Lo has olvidado todo; la amistad de nuestra niñez, la compañía inocente de nuestra infancia? Siempre estuvimos unidas, juntas en el mismo asiento, ocupadas en la misma labor, entonando la misma canción como si nuestras mentes, nuestras manos, nuestras voces hubieran sido una sola. Así crecimos como un doble fruto gemelo, que parece partido en dos y, sin embargo, no se puede separar. Éramos dos cuerpos en un solo corazón. ¿Y venís a romper todos estos lazos antiguos para juntaros a estos hombres y escarnecer a vuestra amiga? No; esto no es amistad ni es digno de una doncella. Nuestro sexo, tanto como yo misma, os censurará por ello, aunque sea yo sola quien sufra el agravio.

HERMIA.—¡Vuestras frases apasionadas me dejan estupefacta! Yo no me burlo de vos. Antes me parece que vos os burláis de mí.

ELENA.—¿No habéis inducido a Lisandro a seguirme por burla y a alabar mis ojos y mi cara? ¿No habéis hecho que vuestro otro apasionado, Demetrio, que aun ahora mismo me ha rechazado con el pie, me llame diosa, ninfa divina, preciosa, celestial? ¿Por qué habla así a una que aborrece? ¿Y por qué me niega Lisandro vuestro amor, tan rico en su alma, y me ofrece su afecto si no es porque le inducís a ello y obra con vuestro consentimiento? ¿Qué delito hay en que yo no tenga tantas gracias como vos ni sea tan afortunada en el amor, sino una infeliz que ama sin ser amada? Deberíais compadecerme por esto, no despreciarme.

HERMIA.—No comprendo lo que queréis decir.

ELENA.—Sí, perversidad; fingid tristes miradas y haceos señas cuando vuelvo la espalda; seguid en esta amable diversión que, bien sostenida, será materia de una crónica. Si fueseis capaz de alguna piedad o gentileza, no me tomaríais por tema de vuestra irrisión. Pero adiós. Yo sola tengo la culpa, y pronto la remediaré con la ausencia o con la muerte.

LISANDRO.—Quedaos, gentil Elena, y oíd mi excusa. ¡Hermosa Elena, amor mío, vida mía, alma mía!

ELENA.—¡Oh! Excelente.

HERMIA.—Amigo mío, no la burléis así.

DEMETRIO.—Si no lo alcanzas rogando, yo le forzaré a ello.

LISANDRO.—No puedes compeler más tú que rogar ella, y tus amenazas no tienen más fuerza que sus débiles súplicas. Elena, yo te amo, te lo juro por mi vida, y probaré, aun a costa de perderte, a quien negare la verdad de mi amor, que es un hombre falso.

DEMETRIO.—Digo que te amo más de lo que él pudiera amarte.

LISANDRO.—Si tal dices, retírate y vamos a probarlo.

DEMETRIO.—Al instante, ven.

HERMIA.—Lisandro, ¿a qué conduce todo esto?

LISANDRO.—¡Fuera! ¡Etiópe!

DEMETRIO.—No, no señor. Habla como si la acción fuera a seguir a la palabra, pero no se mueve. Eres un cobarde, ¡bah!

LISANDRO.—Márchate de aquí, cuitado, cosa vil, ¡fuera! O te sacudiré y te arrojaré lejos de mí como a una culebra.

HERMIA.—¿Por qué os habéis vuelto tan rudo? ¿Qué cambio es éste, amor mío?

LISANDRO.—¿Amor tuyo? ¡Vete!

HERMIA.—¿Os estáis chanceando?

ELENA.—Sí, a fe mía; lo mismo que vos.

LISANDRO.—Demetrio, te cumpliré la promesa.

DEMETRIO.—Me alegraría tener alguna prenda de ello, pues no confío en tu palabra.

44 LISANDRO.—¿Qué! ¿Tendría que darle golpes, lastimarla, maltratarla?  
Por más que la aborrezco, no le haría tal daño.

HERMIA.—¿Pues qué! ¿Podrías hacerme un daño mayor que aborrecerme? ¿Aborrecerme! ¿Y por qué? ¿Desgraciada de mí! ¿Qué ha pasado, amor mío? ¿No soy Hermia? ¿No eres tú Lisandro? Tan hermosa soy ahora como la noche en que me amaste, como la noche en que me dejaste. No quieran los dioses que hables de veras.

LISANDRO.—¿Sí, por mi vida! Y quisiera no haber vuelto a verte jamás. Así pues, no tengas esperanza ni duda; no es una chanza, no hay tan verdadero y cierto como el odio que siento hacia ti.

HERMIA.—¿Desgraciada de mí! ¡Oh tú, impostora, ladrona de amor! ¿Has venido de noche para robarme el corazón de ese a quien amo?

ELENA.—A fe mía que os sientan bien estas palabras. ¿No tenéis ya modestia ni rubor y se desvaneció la menor sombra de delicadeza? ¿Quieres arrancar, por ventura, de mi lengua prudente airadas voces?  
¡Estás haciendo una comedia, tú, muñeca!

HERMIA.—¿Por qué muñeca? ¡Ah! Ya veo la traza. Ahora caigo en que habrá comparado nuestras estaturas, decantó la suya, y con sus ventajas ha prevalecido sobre él. ¿Y habéis crecido tanto en su afecto por ser yo tan pequeña y baja? ¿Muy baja soy, asta de bandera pintarrajeada? ¡Habla! ¿Muy baja soy? ¡Pues no lo soy tanto que no puedan mis uñas llegar hasta tus ojos!

ELENA.—Os ruego, señores, aunque os burléis de mí, que no la dejéis hacerme daño. No es mi costumbre echar maldiciones, ni tengo aptitud para el mal, sino que a fuer de doncella soy temerosa. No dejéis que me maltrate. Quizá os parece que, por ser ella algo menor de estatura que yo, podré luchar con ella.

HERMIA.—¡La estatura! ¡Otra vez la estatura!

ELENA.—Buena Hermia, no os airéis contra mí. Yo siempre os tuve afecto y seguí en todo vuestros consejos, y nunca os hice mal alguno, a no ser que, por amor a Demetrio, le dije de vuestra fuga a este bosque. Él os siguió, y yo le seguí por amor, pero el me echo de aquí y me amenazo con darme golpes y aun con matarme. Ahora sólo deseo que me dejéis volver en paz a Atenas y no me sigáis más. Dejadme ir. Ya veis cuan simple y afectuosa soy.

HERMIA.—Pues marchaos. ¿Quién os lo estorba?

ELENA.—Un corazón desatentado que dejo atrás de mí.

HERMIA.—¿Con quién! ¿Con Lisandro?

ELENA.—Con Demetrio.

LISANDRO.—No temas, Elena. No te hará ningún mal.

DEMETRIO.—No, señor; no lo hará, a no ser que tomes su parte.  
ELENA.—¡Oh! Cuando se enfurece es maligna y astuta. Cuando iba a la escuela era una víbora, y aunque pequeña es de índole fiera.

HERMIA.—¿Otra vez pequeña? ¿Siempre baja y pequeña? ¿Por qué permitís que me ultraje así? Dejadme que me entienda con ella.

LISANDRO.—¡Vete, enana, abalorio, puñado de mala paja!  
DEMETRIO.—Soy demasiado comedido y solícito en favor de la que desdeña vuestros servicios. Dejadla sola; no habléis de Elena ni toméis su defensa. Si intentáis mostrar hacia ella la menor familiaridad, responderéis de ello.

LISANDRO.—Ahora no tiene imperio sobre mí. Sígueme, si te atreves, y probemos quien de los dos tiene mejor derecho a pretender a Elena.

DEMETRIO.—¿Seguirte? No, sino a tu lado.

*(Salen LISANDRO y DEMETRIO.)*

HERMIA.—Señora mía, toda esta querella es obra vuestra. No, no os vayáis.

ELENA.—No confío en vos, no. Ni permeneré más tiempo en vuestra maldita compañía. Mis manos no están, como las vuestras, acostumbradas a las contiendas, y así huyo y me salvo.

*(Sale ELENA.)*

46HERMIA.—Estoy azorada y no sé que decir.

*(Sale HERMIA.)*

OBERÓN.—Esto es fruto de tu negligencia. Tú incurriste en esa equivocación, o hiciste eso por bellaquería.

PUCK.—Creedme, rey de las sombras, que me equivoqué. ¿No dijistéis que reconocería al hombre por su traje ateniense? Y para probar la inocencia de mi conducta basta ver que he puesto el jugo de la flor en los ojos de un ateniense, aunque es verdad que me alegra y divierte el ver la confusión y el enredo que de ello a venido a resultar.

OBERÓN.—Ya ves como estos enamorados buscan un sitio donde combatir. Ocúltate entre las sombras de la noche, extiende la niebla sobre su estrellado velo hasta que sea oscuro como Aqueronte, y guía de tal manera a estos rivales tan lejos uno de otro que no se puedan encontrar. Unas veces imitando la voz de Lisandro excitarás a Demetrio con graves insultos, y otras harás lo mismo imitando la voz de Demetrio, y así llevarás a uno y otro hasta que caigan rendidos de cansancio y se hundan en el sueño, remedo de la muerte. Exprime entonces en los ojos de Lisandro el jugo de esta hierba, que tiene la virtud de disipar toda ilusión. Cuando despierten, todo lo que ha pasado les parecerá un sueño, y volverán los

amantes a Atenas unidos hasta la muerte. Mientras tú te ocupas en esta misión, yo iré en busca de mi reina y le suplicaré que me entregue al muchacho, y entonces desbarataré el encanto de sus ojos y haré que todas las cosas le parezcan como son en realidad.

PUCK.—Aéreo señor mío, es necesario hacer esto aprisa, porque ya asoman las luces crepusculares que animan la aurora y empiezan a desgarrarse los velos de la noche. Los fantasmas se apresuran en tropel a ganar su albergue en los cementerios; todos ellos son espíritus condenados que tienen su sepultura en los sitios extraviados e inundados, y temen que la luz del día alumbre su vergüenza.

OBERÓN.—Pero nosotros somos espíritus de otra clase. Mil veces he jugueteado con la amorosa aurora y visitado los bosquecillos hasta que las puertas del oriente, radiantes de luz, se han abierto sobre el océano bañando de oro sus verdes aguas salobres. No obstante, apresúrate, y deja esta faena terminada antes de rayar el día.

*(Sale OBERÓN.)*

PUCK.—Arriba y abajo, arriba y abajo los he de conducir, de un lado para otro. Me temen en el campo y en la ciudad. Globín, llévalos arriba y abajo. Aquí viene uno.

*(Entra LISANDRO.)*

LISANDRO.—¿Dónde estás, orgulloso Demetrio?

PUCK.—¡Aquí, villano! Con el acero desnudo y pronto.

LISANDRO.—Al instante soy contigo.

PUCK.—Sígueme a mejor terreno.

*(Sale LISANDRO como siguiendo la voz. Entra DEMETRIO.)*

DEMETRIO.—¡Lisandro, habla otra vez! ¡Fugitivo! ¡Cobarde! ¿Adónde has huido? ¿Has ido a esconder tu cabeza en algún matorral?

PUCK.—¡Cobarde! ¿Dices tus balandronadas a las estrellas y cuentas a las malezas que quieres batirte, y sin embargo no vienes? Ven, bribón, ven, que como a un niño te he azotar con un bejuco. El que desnude una espada contra ti se deshonorra.

DEMETRIO.—¿Estás ahí?

PUCK.—Sigue mi voz y llegaremos a donde se pueda probar el valor.

*(Salen PUCK y DEMETRIO. Vuelve a entrar LISANDRO.)*

LISANDRO.—Él va por delante y todavía me provoca. Cuando acudo al

punto de donde me llama, ya no está allí. El villano es mucho más ligero de pies que yo, y cuanto más aprisa le seguía más pronto se alejaba. Así he venido a dar en un sendero desigual y oscuro y voy a descansar aquí.

¡Ven, oh grata luz del día! (Se acuesta.) Con los primeros rayos de tu pálido fulgor descubriré a Demetrio y satisfaré mi venganza.

(*Se duerme LISANDRO. Vuelven a entrar PUCK y DEMETRIO.*)

PUCK.—¡Oh, oh, oh! ¿Por qué no vienes cobarde?

48DEMETRIO.—Ven si te atreves, cobarde, pues no haces más que huir de sitio en sitio y no osas aguardarme a pie firme y mirarme de frente.

¿Dónde estás?

PUCK.—Ven hacia aquí; aquí estoy.

DEMETRIO.—No me dejaré burlar una vez más. Caro lo has de pagar si alguna vez alcanzo a verte a la luz del día. Ahora ve a donde quieras. Ya la fatiga me fuerza a reclinar me aquí y esperar la luz del día.

(*Se acuesta DEMETRIO y duerme. Entra ELENA.*)

ELENA.—¡Oh penosa noche! ¡Noche larga y fastidiosa! ¡Acorta tus horas y deja brillar el consuelo en la luz de oriente, para que pueda yo volver a Atenas con el alba, separándome de la vecindad de los que aborrecen mi pobre compañía! ¡Oh, sueño! ¡Tú que algunas veces cierras de pesar los ojos, haz que por unos momentos me libre yo de mi propia compañía!

(*Duerme ELENA.*)

PUCK.—¿No más que tres todavía? Dos de cada clase hacen cuatro. Aquí viene otra, triste y colérica. Cupido es un muchacho bien travieso, cuando así hace enloquecer a las pobres mujeres.

(*Entra HERMIA.*)

HERMIA.—¡Ah! Nunca he estado tan cansada ni tan triste; empapada de rocío, desgarrada por los espinos, ya no puedo arrastrarme más lejos y mis pies se niegan a mi deseo. Aquí me quedaré hasta que llegue el día.

¡Qué los cielos guarden a Lisandro, si ha de haber duelo!

(*Se acuesta HERMIA.*)

PUCK.—Gentil enamorado, duerme profundamente en el suelo mientras aplico a tus ojos este remedio. (*Vierte el jugo en los ojos de LISANDRO.*)

Cuando despiertes, te deleitarás en la vista de la que primero amaste, y quedará justificado el refrán que dice que «cada cual debe tomar lo suyo», y nada saldrá al revés. El amante recobrará su pareja, y todo quedará en paz.

(*Sale PUCK. DEMETRIO, ELENA, LISANDRO y HERMIA duermen.*)

# ACTO QUINTO

## ESCENA SEGUNDA

*Entra PUCK.*

PUCK.—Ahora ruge el león hambriento y aúlla el lobo a la luna, mientras ronca el cansado labrador, abrumado por su ruda tarea. Ahora arden los tizones abandonados mientras el búho, con agudo chillido, hace que el infeliz hundido en la congoja se acuerde del sudario. hundido en la congoja se acuerde del sudario. Ésta es la hora de la noche en que las tumbas se abren del todo para dejar salir los espectros, que se deslizan por los senderos del cementerio y de la iglesia; y nosotros, duendes y hadas, huímos de la presencia del sol, siguiendo las sombras como un sueño. ¡Qué alegría la nuestra en este instante! No habrá ni un ratón que perturbe este hogar. Enviáronme, escoba en mano, a barrer el polvo detrás de la puerta.

*(Entran OBERÓN y TITANIA y séquito.)*

OBERÓN.—Brillen alegres luces junto a la lumbre medio apagada. Y cada duende y hada salte tan ligero como el ave sobre los espinos. Y siguiéndome, bailen y canten alegremente.

TITANIA.—Repetid primero esta canción, acompañando cada palabra con melodioso trino. Y con gracia propia de hadas, mano a mano, cantemos y bendigamos este lugar.

TODOS.—*(Bailan.)*

OBERÓN.—*(Canta.)*  
Ahora hasta rayar el día,  
habiten aquí las hadas,  
y de las tres desposadas  
bendigamos a la mejor.  
La prole que nazca de ella  
será siempre venturosa;  
cada pareja amorosa  
siempre fiel será a su amor.  
Ni mostrará tacha alguna  
su descendencia lejana,  
de todas las que importuna  
la naturaleza da.  
Con las gotas del rocío  
consagremos esta casa,  
donde a sus dueños escasa  
nunca la dicha será.  
Cantad y bailad ahora  
hasta que raye la aurora.  
*(Salen.)*

PUCK.—(*Canta.*)

Si nosotros, sombras, os hemos ofendido  
pensad esto, y todo queda arreglado:  
que no habéis sino soñado  
mientras estas visiones surgieron.  
Y este tema fútil y ocioso,  
producto sino de un sueño,  
señores, no reprendáis;  
si otorgáis vuestro perdón,  
haber hemos de enmendarnos.  
Y, puesto que honesto Puck soy,  
si alcanzamos la inmerecida gracia  
de escapar ahora del silbido de la sierpe,  
pronto nos amistaremos,  
o mentiroso podéis llamarme.  
Así pues, buenas noches a todos.  
Aplaudid, si amigos somos,  
y Robín todo lo arreglará.

(*Se va PUCK.*)



*FIN*